

Conversación en Vicente López, frente al Río de la Plata, con el Prof. Néstor Tomás Auza*

Enrique DE LA LAMA

Veinte minutos de tren desde el centro de Buenos Aires, y llegamos a Vicente López —un barrio residencial surgido no hace tanto tiempo sobre las márgenes del Río de la Plata—. La zona es serena: el tráfico circulatorio apenas se siente como un rumor. Algún avión desciende para aterrizar en el cercano aeroparque.

Son las primeras horas de una tarde dominical. Los demás días de la semana el profesor Auza tiene su agenda repleta de compromisos diversos. Hoy, con tiempo por delante, tendremos la oportunidad de conversar largo y tendido mientras tomamos el té —notablemente a la inglesa—. Me acompaña a la entrevista el Prof. Josep Ignasi Saranyana y llega también en exacta puntualidad la Dra. Celina Lértora, profesora en la Universidad de Buenos Aires, filósofa sensible, bien relacionada y de reflejos bien despiertos para la problemática de la historia reciente.

Nos recibe el matrimonio Auza: acogedor, cálido.

Ella, la esposa del profesor y señora de la casa, se llama Alicia Noemí Grasi: estará presente a toda la conversación atendiéndonos con amable condescendencia.

* Néstor Tomás Auza, Doctor en Ciencias Políticas y Licenciado en Diplomacia, miembro de número de la Academia Nacional de la Historia, correspondiente de la Real Academia de la Historia (España), desempeña actualmente la cátedra de *Pastoral del Siglo XIX* en la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina (UCA). Es asimismo investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) —de cuya comisión directiva ha sido también miembro representando al área de ciencias humanísticas y sociales. Desde 1959 ha sido profesor en diversas universidades argentinas y desempeñado diversos cargos públicos en la esfera del Ministerio de Educación. Dirige la «Colección Patagonia» que se edita bajo el sello de la Editorial Marymar y que lleva publicados 27 vols. dedicados a trabajos científicos de geografía e historia de esa región. Son más de un centenar los títulos de sus publicaciones en revistas especializadas además de una veintena de libros dedicados a la historia de la Iglesia o a la nacional de Argentina.

El no tiene acento porteño —creo yo—: pronuncia con exacta precisión, eso sí, y su entonación es leve, agradablemente declamatoria. Se hacen presentes términos y giros argentinos; pero sin profusión. Estamos ante un intelectual que goza dando rienda a su intimidad humanística, ‘mens historica’: historia de la Iglesia en la Argentina y en América, afán de determinar su real situación en esos y estos momentos, perspectivas futuras y problemáticas dominantes, digresiones a la filosofía tomista y al pensamiento de la modernidad, cuestiones pastorales..., todo ese mundo —en fin— de cuestiones colindantes que siempre ocupan la atención de quienes cultivan esta especialidad del quehacer histórico.

Pero hay que vencer la inercia de la conversación. Si no, el tiempo pasa y se precipita la hora de la despedida sin lograr nuestro propósito: deseamos que el Prof. Auza nos relate por sí mismo su itinerario investigador. Yo me encargo de formular las preguntas.

Pregunta. En primer lugar, permítame satisfacer una curiosidad. Estudió Vd. —en la Universidad Nacional del Litoral— Ciencias Políticas y Diplomacia. La carrera quedaba concluída por la segunda mitad de los años cincuenta. Bien: parece claro que Vd. no pensaba entonces en la investigación histórica. Su interés por lo socio-político estaba en el punto de mira de su dedicación. Por qué este giro, al menos aparente. ¿En qué momento comenzó Vd. a interesarse por la historia y —más en concreto— por la historia de la Iglesia?

Respuesta. Comenzaba a ingresar en la adolescencia cuando tuve la dicha de tratar muy de cerca y durante un buen trecho de años, a un escritor y periodista local, de una ciudad mediana, pero con mucha historia, que se halla ubicada al comienzo de la Patagonia: Bahía Blanca. Allí, mientras cursaba estudios secundarios, la Providencia puso en mi camino a una notable figura, llena de humor, conversador nato, que ofrecía lo mejor de sí mismo en largas conversaciones con gente joven. Don Francisco Pablo De Salvo era, además, un católico militante, con una larga vida de luchas en el campo social, en las lides políticas, en las redacciones de los periódicos. El fue quien, en forma lenta, me fue haciendo ingresar en el estudio de la filosofía y de la doctrina social de la Iglesia, para lo cual me facilitaba manuales y obras adecuadas a mi edad, al mismo tiempo que, cuando aun no tenía cumplidos los veinte años, me introducía en las emisoras de radio para desarrollar algunos temas sociales, así como exponer en salones reducidos para adiestrarme en el uso de la palabra en público. Pero lo que me dejó una huella imborrable fue la narración de las luchas que se habían librado hasta la década del treinta, del surgir de las organizaciones de los católicos sociales de las cuales él había formado parte. El positivismo, el cientificismo, los socialistas, los marxistas, las manifestaciones, las confrontaciones gremiales, los debates en las tribunas populares entre éstos y los católicos, los párrocos batalladores, los «gringos» (italianos y españoles) comprometidos por uno y otro lado, los debates periodísticos, el olor a tinta de las imprentas manejadas por militantes de ambas formaciones. La narración de aquellos sucesos,

el desfile de oradores, escritores, periodistas, clérigos —todos nombres reales, personajes conocidos—, se fueron dibujando en mi mente y permitiéndome reconstruir, con cierta niebla, ese pasado que llegaba hasta finales de la década de los años treinta.

P. Vd. se entusiasmó con la historia escuchada a D. Francisco Pablo De Salvo y pensó en insertarse activamente en la realidad positiva de Argentina. Se dijo: 'manos a la obra'...

R. Efectivamente. Cuando salí de Bahía Blanca para continuar estudios universitarios llevaba ese fuego sagrado sin saberlo y me condujo más tarde —por caminos inesperados— a escribir en la edad madura lo que no había encontrado escrito. Durante años no abandoné esa búsqueda así como tampoco dejé de reunir materiales que ilustraran o documentaran tanto el quehacer de la Iglesia como las actividades y organizaciones del catolicismo.

P. Por ello encaminó su tesis hacia las corrientes sociales en el catolicismo argentino.

R. Mis alternativas fluctuaban entre un tema vinculado a la cuestión social —dentro de la cual se movían los católicos—, o bien otro tema en torno al régimen constitucional y al estudio de las ideas políticas en la Argentina —vinculado también en definitiva al movimiento católico—. Por aquellos días, la Universidad estaba dominada por las corrientes positivistas, jurídicas, liberales..., todo lo referido a la problemática religiosa no entraba como preocupación, o —al menos— como parte de los estudios: constituía una cuestión que debíamos resolver a través de una formación personal. Ese clima intelectual y mi interés por la presencia de los católicos en el campo político, social y cultural, me inclinaron de algún modo a desafiar al plantel académico con el tratamiento de una cuestión vinculada al catolicismo. Mi elección final para la tesis consistió en estudiar el pensamiento y la actuación de los católicos en un período determinado de fines del siglo XIX, una época muy significativa para el proceso cultural argentino: los diez años claves del conflicto Iglesia-Estado. El trabajo de investigación para la tesis me introdujo definitivamente en una de las áreas de investigación que desarrollaría con posterioridad y me permitió vislumbrar el inmenso campo inédito de la cultura de mi país: tanto en lo referente a la historia civil, como en lo tocante a la historia de la Iglesia y del catolicismo.

P. ¿Ese desafío académico le supuso algún contratiempo?

R. Afortunadamente, no. El trabajo de tesis llegó a su conclusión y fue presentado y defendido ante un tribunal ideológicamente adverso, pero académicamente respetuoso. De ello tengo excelente recuerdo. Años después se publicó con el título de *Católicos y liberales en la generación del ochenta*¹.

1. *Católicos y liberales en la generación del ochenta*, primera edición, México, Cidoc, 1967. —La segunda y tercera edición en Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1975 y 1981.

P. Su primer libro publicado² fue una obra de síntesis, que ha merecido ser reeditada después de veinte años. Eso, en cierto modo, es anómalo...

R. Mientras finalizaba los estudios universitarios no dejé de seguir explorando las fuentes referidas al movimiento católico. Quedaba la tarea de investigar el período anterior y posterior al que acababa de estudiar, porque deseaba llegar a una síntesis tanto del proceso experimentado por la Iglesia y el catolicismo, como de las ideas que, en los diversos campos, postulaban los católicos. Esa síntesis se plasmó en un pequeño manual que expone las ideas y la actuación de los católicos en dos áreas bien diferenciadas —la política y la social— en las que tuvieron una presencia indudable, si bien con resultados distintos. Para ese entonces no analizo —sólo lo señalo— lo que denomino la «experiencia cultural» más compleja, variada y pluralista, pero en cuyo sector no poseía en ese tiempo exploraciones suficientes. No puedo olvidar que ese libro fue publicado por una editorial cuyos titulares pertenecían a la religión hebrea, si bien —claro está— poseían respeto y consideración por ciertos sectores del catolicismo. Este libro, que ofrecía una síntesis orgánica del comportamiento de los católicos, me acuciaba una vez más ante lo mucho que aun faltaba investigar, la multitud de cuestiones pendientes, de figuras relevantes aún desconocidas, de iniciativas exitosas, de protagonismo ignorado, de aportes realizados en el campo social, legislativo y político

P. Habla Vd. del espacio todavía inédito de la historia cultural y religiosa de su Patria. ¿Cuál es ahora el estado de las investigaciones?

R. Nunca dejó de sorprenderme, al tratar a los miembros del clero y aun a los prelados, que no se refirieran para nada al pasado inmediato de la Iglesia Argentina, para iluminar desde él sus propuestas. Un manto de silencio cubría ese pasado inmediato, en especial las décadas del siglo XX. Muchos años me llevó comprender las razones de ese silencio en que todos parecían moverse con tranquilidad, sin inquietud alguna. Eso parecería revelar una falta de sentido histórico, que hacía vivir a los cuadros eclesiósticos ignorando el pasado, y aun el pasado inmediato: y eso —que les restaba singularidad y debilitaba su identidad— se me presentaba siempre como una limitación cuyas causas deseaba encontrar y explicar. Conforme a esta inquietud orienté parte de mis investigaciones a profundizar el conocimiento de la Iglesia institucional, en una primera etapa; y, abordada ésta, me dirigí en años posteriores hacia los estudios de la historia de la pastoral, de la teología y de la eclesiología dominante en la Iglesia local.

P. Pero ¿podía Vd. dedicarse exclusivamente a la historia de la Iglesia?

2. *Los católicos Argentinos. Su experiencia política y social*, Buenos Aires, Diagrama, 1962. —Hay segunda edición corregida y aumentada en Buenos Aires, Editorial Claretiana, 1984.

R. Obviamente no. No era ésta mi única dedicación, naturalmente. La actuación en la vida académica y universitaria me exigía cultivar otras áreas de la historia nacional y sudamericana, como la historia política, las relaciones internacionales, la bibliografía argentina, los ensayos biográficos, la historia constitucional, la historia del periodismo, la historia científica y cultural. Tales estudios no podían abandonarse. Eso me impidió en los años sucesivos, publicar nuevos libros referidos al estudio de la Iglesia y del catolicismo, salvo un cierto número de monografías: estaba absorbido en forma predominante por las investigaciones que tenía posibilidades de publicar, al paso que respondía a demandas concretas

Ahora bien, la investigación paciente en las fuentes inéditas, en archivos, en publicaciones periódicas, en bibliografías dispersas, en cuerpos documentales, no estaba abandonada y, por el contrario, se realizaba en forma sistemática si bien con lentitud. Uno de los resultados ha sido la compulsión de la casi totalidad de las publicaciones católicas del siglo XIX y buena parte del siglo XX hasta 1950, con lo que el material recogido es considerable. Esa indagación y recopilación de materiales ha sido guiada no sólo por el interés personal en innumerables cuestiones temáticas, sino también para orientar la dirección de seminarios en la Universidad³.

P. Y pienso que no sólo por eso... También por realizar un aporte sustancial al conocimiento —a la memoria de sí misma— que la Iglesia necesita para reconocerse en su propia acción...

R. Sí. Precisamente por eso fueron dos las líneas predominantes en mi atención durante los años setenta: por un lado, el análisis del proceso de la Iglesia —siglo XIX y XX—; por otro, el del laicado y sus organizaciones⁴.

P. ¿Qué le supuso mayor esfuerzo?

R. La localización de los documentos de la Iglesia: el desinterés por la historia —al que ya he aludido— había trado consigo obviamente una despreocupación por la conservación de cualquier tipo de papeles. Así, no se habían editado cuerpos

3. Conviene recordar algunos títulos de Néstor Auza referentes a la historia argentina: *Santiago Estrada y el conflicto de límites con Chile*, Buenos Aires 1964. —*Documentos para la enseñanza de la Historia Argentina*, 2 vols., Buenos Aires 1970. —*El ejército en la época de la Confederación*, Buenos Aires 1973. —*Patagonia mágica*, Buenos Aires 1977. —*Lucio V. Mansilla*, Buenos Aires 1978. —*El periodismo de la Confederación*, Buenos Aires 1978. —*Iconografía de Patagones*, Buenos Aires 1979. —*Estudio e Índice general de El Plata Ilustrado y Literario (1851-1855) y Atlántida (1911-1913)*, Buenos Aires 1971. —*Estudio e Índice general de la Revista Nacional*, Buenos Aires 1970. —*Polémica sobre la Constitución. Juan Francisco Seguí-Bartolomé Mitre*, Buenos Aires 1982. —*José Ignacio Garmendia, militar y escritor*, Buenos Aires 1983. —*Sarmiento, precursor del mercado latinoamericano del libro*, Buenos Aires 1988. —*Periodismo y feminismo en la Argentina (1830-1930)*, Buenos Aires 1988.

4. Cfr. *Corrientes sociales del catolicismo argentino*, Buenos Aires, Editorial Claretiana, 1984.

documentales ni se habían guardado las propias colecciones peridísticas. Localizar fuentes dispersas y reunir piezas fue la primera tarea básica. Por eso me decidí a iniciar el acopio de los Documentos Colectivos del Episcopado Argentino emanados a lo largo de todo un siglo: varios cientos de piezas que se hallaban desperdigadas. Esa labor me insumió algunos años de trabajo, simultaneado —claro está— con otras investigaciones, hasta que pude completar lo que considero con certeza moral, la totalidad de los documentos expedidos por los obispos. La obra completa está en curso de publicación.

P. ¿Cuándo aparecerá?

R. En total, a la fecha, se han editado diez volúmenes —bajo el título *Documentos del Episcopado Argentino*— que abarcan el período 1889-1930 y 1982-1991. Falta otros diez de los cuales este mismo año se editarán cuatro. Como una complementación de ese cuerpo documental he elaborado una recopilación de las *Cartas Pastorales* y otros documentos de los dos primeros arzobispos de Buenos Aires, que abarcan el período 1856 a 1894. Hemos alentado a que este trabajo se realice en cada una de las cinco restantes diócesis del país, que existían en el siglo XIX, a fin de poseer el cuerpo documental completo del magisterio episcopal, todo lo cual ha de permitir emprender estudios de otro tipo vinculados a la historia pastoral, de la teología y de las instrucciones episcopales.

P. Eso en cuanto a la publicación de colecciones documentales. Pero luego viene la elaboración historiográfica...

R. La historia social, que desde mi juventud fuera uno de los temas que ocuparon mi atención, no se había escrito y ello constituía un constante reclamo de mi conciencia. A cada paso que avanzaba debía sufrir una dolorosa comprobación: por un lado, los eclesiásticos no guardaban sus archivos, salvo unos pocos referidos a la vida estrictamente parroquial, relacionados con la actividad sacramental. Igual cosa ocurría con los descendientes de los líderes principales: la búsqueda de sus documentos me ha exigido largos años hasta dar con unos pocos, valiosos, piezas claves. Pero se han perdido los archivos de la mayoría, en especial de los líderes populares, los que ocupaban las segundas y terceras líneas, las de los militantes. Muchos de ellos, al final de sus vidas, hicieron desaparecer sus papeles, unos por considerarlos de escaso valor y otros, en cambio, bajo el peso de las desilusiones y del olvido...

P. Y ¿las bibliotecas y archivos eclesiásticos?

Los eclesiásticos tampoco han cuidado sus bibliotecas. No han concedido valor a los impresos del siglo XIX y parte del XX, razón por la cual ha desaparecido casi toda la folletería, una parte considerable de los libros y la casi totalidad de las colecciones de las publicaciones periódicas de origen católico, pertenecientes a parroquias, asociaciones u organizaciones católicas. Las pocas encontradas, lo han sido en colecciones de bibliotecas públicas, habiendo logrado consultarlas luego de re-

visar tomos dispersos en más de una ciudad del país. Tuve que recorrer varias ciudades, las de mayor población y más ricas en bibliotecas, haciendo la compulsión de colecciones, folletería, memorias, completando esa labor con la búsqueda de los pocos testigos existentes, algunos de los cuales me prestaron ayuda, pero otros, es una pena, habían perdido la memoria de los sucesos. Nunca he lamentado tanto la quema del archivo de la Arquidiócesis de Buenos Aires, obra de las huestes del gobierno peronista en los últimos meses de la persecución a la Iglesia en 1954: allí se atesoraba toda la documentación eclesiástica del principal centro cultural del país.

P. Entonces la redacción de la historia social ¿cuánto tiempo le ha llevado? Porque se ve que no ha sido labor sencilla...

R. La historia social del catolicismo me insumió... cerca de diecinueve años de paciente investigación, recolección de piezas, transcripción a máquina, a mano, en fotocopia..., cientos de materiales.

P. Una obra voluminosa, supongo... Pero, pienso que, una vez concluida, le ha compensado el esfuerzo.

R. Y lo cierto es que, que el estudio de la historia del movimiento obrero ha dejado de ser exclusivamente fruto de las vertientes socialistas y marxistas en la Argentina, ya que se ha podido documentar que el catolicismo constituye una de las corrientes del movimiento obrero argentino hasta 1945 y luego también, no ya en organizaciones confesionales —de las que la Iglesia se ha desprendido hasta la fecha—, sino introducido en la corriente del sindicalismo puro o profesional⁵.

P. Cuando Vd. se afana por despertar el sentido histórico en las jóvenes generaciones, ¿tiene la impresión de predicar en desierto?

R. No. No. Obviamente no. Pero hay que reconocer el poco interés por la historia de la Iglesia y del catolicismo en los ambientes católicos. Más sorprendente aún es ese desconocimiento cuando se da en exponentes del clero secular. Digo el clero secular... pero igual cosa ocurre con el clero regular, ya que se da el caso de que al estudiar la historia de la Iglesia difícilmente se avance más allá de comienzos del siglo XIX de la parte Europea. Lo que no se explica es que en éstas órdenes o congregaciones religiosas, no se enseñe la historia de la Iglesia argentina y americana, así como tampoco se enseñe la historia de su propia institución, con lo cual, lo que podríamos llamar la singularidad propia de cada una no forma el estilo del clero, que —en consecuencia— se ordena sin conocer el itinerario de su propia familia religiosa, ni el aporte apostólico que ha brindado, ni la experiencia

5. *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. 1890-1945*, vol. I: *Grote y la estrategia social. 1890-1912*; vol. II: *Mons. de Andrea. Realizaciones y conflictos. 1912-1919*; vol. III: *El proyecto episcopal y lo social. 1919-1930*; vol. IV: *La acción social y la crisis del 45. 1930-1945*, Buenos Aires, Docencia y Don Bosco, 1987/1989.

pastoral realizada. En los últimos diez años ha comenzado una lenta reacción en los planes de estudio eclesiásticos, y en algunos seminarios del clero secular ha comenzado a impartirse enseñanza de la historia de la Iglesia de Argentina y América, avanzando hasta fines del siglo XIX. Todavía no ocurre lo mismo con los estudios en las órdenes religiosas.

P. Ve Vd. cercano el día en que se arregle esta situación de cierta penuria... En ambientes académicos... Los obispos, por ejemplo, ¿ven el problema?

R. En el conjunto de los obispos argentinos, que se eleva a algo más de un centenar, no se puede decir que sean muchos los que hasta el momento han manifestado interés por la historia de la Iglesia argentina y americana. A este respecto son hijos de la formación que han recibido. De hecho uno solo de los obispos — pertenece al clero regular— ha sido profesor de historia de la Iglesia europea.

En 1938 una resolución del episcopado promete crear una Junta de Historia Eclesiástica, a propuesta de uno de los obispos que era historiador y autor de obras. La Junta será creada —pero recién en 1944— y desde entonces viene desarrollando una labor que, con ser reducida, es al menos, constante. Lleva publicados diecisiete volúmenes de su revista «Archivum». No obstante, a pesar de figurar como órgano de consulta del episcopado, no ha tenido oportunidad de actuar, ya que no ha sido convocada para pronunciarse en tema alguno. Yo fui incorporado a la Junta en 1964 y desde esa fecha colaboro con sus actividades, en reuniones, conferencias, cursos, homenajes... Sin embargo, por su constitución, por su organización, por el enfoque casi dominante de historia eclesiástica que predomina en sus miembros — todos muy desperdigados a lo largo de todo el país y no todos historiadores profesionales—, la labor de esta Junta no ha sido todo lo activa que pudo ser, si bien ha contribuido a mantener viva la tradición de los estudios referidos a la Iglesia.

P. ¿Y en los ambientes universitarios? Habrá iniciativas...

R. A principio de 1985 convocamos un encuentro de profesores e investigadores de historia de la Iglesia. No parecía oportuno efectuar una convocatoria de esa especialidad sin disponer del apoyo de los obispos: pensamos que no tendría eco o, al menos, encontraría algún obstáculo o carecería del apoyo en algunas diócesis. Existe en esto un difundido recelo, alimentado por la suposición de que esta especialidad pertenece al clero —casi como por mandato—. Fue así como convinimos con el Padre Rubén García, miembro de la cátedra de Historia de la Iglesia de la Facultad de Teología de la Universidad Católica, efectuar la convocatoria en forma conjunta. Así quedaba obviado el posible escollo. Se convocaron tres encuentros con resultados alentadores.

P. Cuente un poco con detalle.

R. Sí. El primero de esos encuentros se realizó en Buenos Aires en 1985, con la concurrencia de veintisiete personas —miembros del clero y laicos—. El se-

gundo fue en la ciudad de Resistencia en 1987, participando treinta y dos personas. El tercero, en Córdoba en 1990, contando con la concurrencia de treinta y seis profesionales. Salvo en el primer encuentro —en donde la mecánica se concretó a la presentación de seis ponencias temáticas que fueron objeto de debate entre los concurrentes—, los dos restantes se organizaron en base a exposiciones solicitadas de tipo magistral y a ponencias libres presentadas por los participantes, y además sesiones dedicadas al análisis de la situación de la historia de la Iglesia en esos momentos y al estudio de algunas propuestas de acción. Como órgano vinculante y con capacidad de convocatoria se creó —ya en el primer encuentro— un «comité de enlace», encargado de redactar y distribuir un llamado «Boletín de Enlace».

P. Eso ya funciona regularmente desde su comienzo, imagino...?

R. Hasta cierto punto. No pudieron realizarse más que esos tres encuentros, ya que el correspondiente a 1992 se postergó con motivo del conjunto de actos convocados para conmemorar el Quinto Centenario. Igual cosa ocurrió para 1993 y en 1994. La cátedra de Historia de la Facultad decidió desligarse del «comité de enlace», poniendo fin a esa experiencia que habíamos iniciado y que conectaba al clero con los laicos.

P. ¿Qué perspectivas se ven en campo estrictamente académico?

R. Los encuentros dieron impulso a quienes cultivaban individualmente la historia de la Iglesia... Pero todavía no se ha alcanzado a influir en el crecimiento de las cátedras dentro de los 'currícula' de los Seminarios existentes en el país, así como tampoco se ha logrado la creación de cátedras en las Facultades de las Universidades Católicas. Hasta la fecha, la historia de la Iglesia se halla ausente de los planes de las Universidades Católicas, no dictándose ni en las carreras de profesorado o licenciatura en Historia. En mi opinión, esto último pone de relieve la ausencia —hoy por hoy— de una mentalidad propicia al cultivo de la historia: favorece, en consecuencia, la elaboración de una cultura sin historia y la formación de una juventud que se incorporará a la vida profesional carente de una visión del papel cumplido por la Iglesia hasta el presente.

P. Argentina es un país en el que la migración ha jugado un papel de primer orden. Esto es una realidad universalmente conocida. ¿Cuáles son las iniciativas en este campo?

R. Precisamente en 1989 tuvo lugar en Buenos Aires, convocado por el CEMLA (Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos), una jornada de dos días dedicada a *El patrimonio religioso de la colectividad italiana*. En aquellos dos días —dedicados, uno a la problemática religioso-sociológica y el otro a lo pastoral— pude constatar de nuevo el enorme campo sin explorar: esta vez, el que existía en relación con la Iglesia y la inmigración.

P. ¿Es una corresponsalia del CELAM? Por lo menos la sigla es todo un reclamo...

R. No. El Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos pertenece a la Congregación de los Padres Scalabrinianos, cuyo carisma es la atención pastoral entre los migrantes. En dicho Centro los estudios técnicos sobre inmigración son variados, científicos y muy diversificados.

P. ¿Qué papel tiene Vd. en el CEMLA?

R. Fundamentalmente el de mi quehacer investigador. No se había tratado todavía la pastoral de la Iglesia sobre las corrientes inmigratorias recibidas en el país. Esa situación me hizo concebir la posibilidad de encarar un programa a plazo mediano con el propósito de estudiar lo referente a la Iglesia —inmigración y evangelización—, o sea para conocer de un modo científico, el papel asumido por la Iglesia respecto a más de cinco millones de personas ingresadas en el país entre 1865 y 1920 —período llamado de inmigración masiva—, y, luego, la segunda oleada, más reducida, que se produce entre 1945 y 1960. El programa elaborado consistía en celebrar Seminarios bianuales estudiando el desarrollo de la pastoral migratoria: técnicas de evangelización empleadas, resultados obtenidos, variedad de metodologías aplicadas según los diversos tipos de clero o agentes pastorales. Propuse unos Lineamientos para un programa de investigación en torno a la Iglesia: evangelización e inmigración.

P. Y ¿cómo van funcionando?

R. Contando con el amparo del CEMLA —en sus propias instalaciones y como parte de su programa de trabajos—, se convocó al primer Seminario para el mes de mayo de 1990 buscando, entre los cultivadores de la historia, los que pudieran abocarse al estudio de esa problemática. Se trataba de realizar un encuentro muy particular, reducido sólo a los ponentes: para analizar trabajos, proponer interpretaciones, discutir fraternalmente las hipótesis, atendiendo por un lado a la pluralidad de temas y enfoques y, por otro, el estudio de casos situados en diversos puntos del país y en diversas épocas. En el primer Seminario se presentaron dieciséis trabajos largamente discutidos: se extrajeron al final del mismo ciertos lineamientos en torno a las cuestiones planteadas, se determinaron los aspectos que quedaban para ser analizados futuramente y se identificaron, en fin, ciertas hipótesis que debían ser ratificadas por nuevos estudios.

El segundo Seminario lo citamos dos años después, para mayo de 1991, y en esa ocasión se aceptaron once ponencias siguiendo el mismo método de trabajo. Al igual que el primer Seminario, también éste segundo tuvo carácter ecuménico, ya que fueron invitados a participar representantes de otras otras Iglesias.

Al tercer Seminario sobre *Iglesia, inmigración y evangelización*, convocado para el mes de mayo de 1993, concurren diez investigadores con sus respectivas ponencias: el debate de las mismas, dentro de un clima de pares, alcanza su objetivo de ahondar en la investigación de la temática Iglesia e inmigración. Ninguno de los trabajos presentados en los tres Seminarios se repiten y así, todos atienden al estu-

dio de diversidad de aspectos, a variables métodos evangelizadores, a técnicas pastorales diversas, haciéndose claro que en la tarea de evangelizar la inmigración participaron por igual el clero, los laicos, los religiosos y religiosas.

P. ¿Y este año?

R. Ya está convocado para el mes de mayo y se espera la concurrencia de un número elevado de ponentes. Todo ello nos va a permitir reunir, en pocos años, un centenar de trabajos de investigación en torno a la pastoral de la inmigración: sobre esos estudios de base, será posible elaborar una interpretación global de la labor de la Iglesia en ese campo pastoral. Será ese, de continuar, el único campo en que la Iglesia ha de disponer de una base científica de evaluación de su labor y eso, presumiblemente, servirá como experiencia a la acción pastoral de la Comisión Episcopal de Migraciones y Turismo.

P. Y naturalmente Vd. siempre al pie del cañón en esta tarea que supone una colaboración con la pastoral de los obispos argentinos.

R. Mi contribución en estos Seminarios ha consistido en ponencias en las cuales se estudian las bases cuantitativas entre población, inmigración y clero, religiosos/as a fin de despejar la incógnita en torno a si el país careció de clero, como generalmente se ha afirmado, para atender pastoralmente a la inmigración, o el existente fue suficiente para esa labor. En caso de confirmarse esta última hipótesis como hasta ahora parece comprobarse con las tres investigaciones realizadas, habrá que orientar los estudios en otra dirección referida a la distribución geográfica del clero, ausencia o no de labor misional, la eficiencia pastoral u otras cuestiones nada fáciles de probar.

Probablemente en razón de estos trabajos es que la Secretaría General del CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano) me encomendó a fines de 1993, la redacción de un manual sobre pastoral de la inmigración que sirviera como instrumento formativo en los Seminarios del continente. Tan honrosa designación caía en mis manos en momentos en que parte de mis energías estaban abocadas al estudio de la historia de la pastoral del siglo XIX, en razón de la cátedra que ejerzo en la Facultad de Teología de la Universidad Católica. Acepté el ofrecimiento y a mediados del año siguiente pude concluir el libro que ha sido editado por el CELAM con el título *El éxodo de los pueblos. Manual de Teología y Pastoral de la movilidad humana*. Para ese libro he podido obtener la contribución de algunos especialistas que aportaron capítulos especialmente escritos⁶.

P. Se nos acaba el tiempo, Profesor. Han salido en la entrevista preocupaciones tan suyas como ese afán por sembrar una semilla de inquietud histórica en

6. *El éxodo de los pueblos. Manual de Teología y Pastoral de la movilidad humana*, CELAM, Bogotá 1994.

las jóvenes generaciones. Su trabajo en la Universidad le facilita la transmisión de ese mensaje. A ver si poco a poco —o, quizás pronto— surge un buen plantel de historiadores en este país con tantas posibilidades.

R. Desde hace unos años estoy dirigiendo algunos trabajos de investigación y alentando la formación de grupos de investigación dedicados al estudio de la historia de la Iglesia local y provincial, en ciertas ciudades del interior del país. Es una tarea lenta, pues a pesar de hallarse esos grupos entre las primeras ciudades del interior, no encuentran estímulo, no disponen de fuentes eclesiásticas abiertas a la consulta, no siempre encuentran el diálogo necesario ni la comprensión suficiente para ese tipo de esfuerzos. Sin embargo, hemos podido rescatar algunas vocaciones que ya han tenido oportunidad de publicar sus trabajos y se encuentran abocados a nuevos proyectos, con lo que se ha logrado incorporar un grupo de nuevos cultivadores de esta especialidad histórica. Algunos de ellos son ya profesores en los seminarios de sus respectivas diócesis, precisamente, de historia de la Iglesia.

Lo que queda por realizar es inmenso, pero nos hallamos en mejores circunstancias que hace veinte o treinta años, en razón de que los que ahora cultivan la historia de la Iglesia son generalmente profesionales en el campo de la historia, poseen mejor formación técnica y aplican métodos más refinados. Por cierto hay otro clima y hasta un cierto interés fuera de los ambientes católicos por conocer la presencia, el protagonismo y la influencia de la Iglesia en la cultura. Ello hace que comiencen a recepcionarse los escritos de esta especialidad con mejor ánimo y renovado interés. En los ambientes católicos la situación es semejante, ya que evidencian curiosidad por la historia de la Iglesia cuando tienen oportunidad de conocerla. Faltan, sin embargo, cultivadores que le hagan ocupar el lugar que merece. Si bien esta disciplina se enseña en algunos seminarios, no ocurre lo mismo en los restantes, con lo que la formación del clero joven, secular y regular, durante los próximos años, será todavía sin contenido en historia. No deja de ser sorprendente que la docencia de historia de la Iglesia en varios de esos centros de estudios eclesiásticos se halle en manos de laicos y ello es conforme a la realidad misma, ya que más del noventa por ciento de quienes escriben o investigan no son clérigos ni religiosos. Nuestro trabajo ha sido y ha de seguir siendo, de animadores, de estimuladores de quienes se inician, al mismo tiempo que abrimos rumbo con las investigaciones realizadas o proyectadas.

* * *

El living-room donde hemos tenido nuestra conversación es espacioso y a través del amplio ventanal que da al jardín hemos visto oscurecer lentamente el verdor vegetal.

Conversación con el Prof. Néstor Tomás Auza

Salimos y ya se ha cerrado la noche. La Avenida del Libertador está preciosa. Las calles de la urbe recuerdan tanto a Europa, a España... Vuelve el recuerdo hacia las amistades recién anudadas. En la habitación de la Casa del Clero todavía tengo tiempo de pensar algún espacio sobre las experiencias del día. Mañana saldremos para Madrid. En Buenos Aires el suave invierno va a dar paso a la primavera dentro de muy pocas semanas.

Enrique de la Lama
Instituto de Historia de la Iglesia
Universidad de Navarra
E-31080 Pamplona

Crónicas

